

CAPÍTULO 2
CAMBIOS DEMOGRÁFICOS
EN LA SOCIEDAD RURAL ACTUAL

I. INTRODUCCIÓN

La visión negativa que se ha trazado en el capítulo primero se contrasta sobradamente con lo que está aconteciendo en la actualidad, y lo que va a suceder en los próximos años. Si bien los procesos que vamos a comentar no son lineales, y las tendencias genéricas, que se apuntan, admiten importantes contrastes según el territorio, y según ciertas influencias socioeconómicas, no siempre generalizables a todos los espacios rurales, son procesos que ya están presentes y se van a consolidar.

No es para lanzar las campanas al vuelo, pero se ha corregido, en parte, la tendencia regresiva de las décadas pasadas. Un repaso a los últimos datos demuestran que ya no se puede hablar de despoblamiento demográfico rural en los términos en los que se hacía hace unos años. Si el conjunto del mundo rural sigue perdiendo población, no es porque emigra la gente, sino porque este medio ya no tiene suficientes recursos demográficos endógenos para mantenerse y, mucho menos, para recuperarse. Más aún, si el mundo rural perdiese toda la población que resulta de su crecimiento vegetativo –diferencia entre los que nacen y los que mueren– el despoblamiento sería mucho mayor.

Para tener una idea ajustada de lo que está acaeciendo actualmente se analiza alguno de los procesos que, en conjunto, dan una visión bastante acertada y exacta de la realidad demográfica; son éstos:

1. Tendencias actuales de la población rural.
2. Incipientes procesos de retorno, que se han ido incrementando en los últimos años.
3. Importancia creciente de la población flotante o de fin de semana.
4. Irrupción y despegue del turismo rural.
5. Presencia de nuevos pobladores rurales.

II. TENDENCIAS ACTUALES DE LA POBLACIÓN RURAL

Los últimos datos de población disponible, Censo de población de 2001, dan para la población rural 9,65 millones de habitantes, cifra ligera-

mente inferior a la del Padrón de 1996, 9,76 millones y, también, a la del Censo de 1991, 9,73 millones. En términos porcentuales hay un 24% de población rural sobre la población total, porcentaje muy similar a la de años anteriores.

Una lectura global presenta un panorama relativamente positivo, dado que las pérdidas han sido muy bajas. La población rural se mantiene por encima de los nueve millones y medio de personas, aunque no termina de alcanzar los diez. Un hecho significativo a destacar es que las pérdidas más abultadas no se dan en los pueblos más pequeños, sino en los grandes. Esto aparentemente parece anómalo puesto que los que deberían despoblarse son los pequeños y mantenerse o crecer los medianos y los grandes. De hecho es así, aunque las cifras resultan contradictorias. La pérdida de población en el conjunto de los pueblos rurales grandes se debe a que alguno de ellos ha mejorado su posición y ha pasado a engrosar la población del umbral superior, es decir, la urbana. Actualmente en el mundo rural hay 21 municipios menos que los que había en el Padrón de 1996, y 32 más en el mundo urbano⁶.

Si a los pueblos rurales pequeños, sobre todo los que tienen menos de 2.000 habitantes, les resulta muy difícil mantener su población es porque su estructura demográfica ha llegado a un punto de difícil retorno; el fenómeno demográfico es bastante diferente en los pueblos rurales medianos y grandes, en los que la tendencia demográfica es claramente positiva. Estos pueblos tienen una vitalidad demográfica que está por encima de la que se deduce estrictamente de la natalidad y de la mortalidad; son pueblos que, por un lado, tienen una estructura demográfica menos descompensada y, por otro, ofrecen un atractivo mayor para vivir en ellos. Suelen poseer, por lo general, una buena infraestructura de servicios para fijar la población a su territorio o, incluso, para atraer a nuevos pobladores.

Ya en el Censo de 1991 se percibía un cambio de tendencia. La población rural, que tradicionalmente había cubierto las demandas de la población urbana, había dejado de emigrar. Si bien se observaba una caída de la población rural, se ponía de manifiesto que este hecho no estaba determi-

⁶ Soy consciente de que los procesos que describo no son extensibles a todos los espacios rurales por igual, como muy bien ha apuntado García Pascual, pero toda generalización implica matizaciones que están fuera del alcance de este trabajo. Remito al lector al trabajo de este autor para precisar un poco más los procesos que aquí se describen. Por otro lado, como han demostrado Molinero F y Alarios M, 1994, en los procesos de cambio en el mundo rural tiene una importancia capital la densidad de población.

CUADRO 2.1. Variaciones en la población según estratos

	Censo 1991	Padrón 1996	Censo 2001	Dif 1996-1991	Dif 2001-1996	Dif 2001-1991
Hasta 2.000	3.115.007	3.036.454	2.998.575	-78.553	-37.879	-116.432
De 2.000 a 5.000	3.131.825	3.129.220	3.154.337	-2.605	25.117	22.512
De 5.000 a 10.000	3.484.076	3.599.277	3.498.499	115.201	-100.778	14.423
Total	9.730.908	9.764.951	9.651.411	34.043	-113.540	-79.497
Más de 10.000	29.141.360	29.904.493	31.195.960	763.133	1.291.467	2.054.600
Total	38.872.268	39.669.444	40.847.371	797.176	1.177.927	1.975.103

Fuente: Censos 1991 y 2001 y Padrón 1996

CUADRO 2.1.1. Variaciones de los municipios según estratos

	Censo 1991	Padrón 1996	Censo 2001	Dif 1996-1991	Dif 2001-1996	Dif 2001-1991
Hasta 2.000	5.944	5.931	5.944	-13	13	0
de 2.000 a 5.000	1.022	1.020	1.004	-2	-16	-18
de 5.000 a 10.000	516	528	510	12	-18	-6
Total	7.482	7.479	7.458	-3	-21	-24
Más de 10.000	595	618	650	23	32	55
Total	8.077	8.097	8.108	20	11	31

Fuente: Censos 1991 y 2001 y Padrón 1996

nado por la emigración, como en períodos anteriores, sino por el crecimiento vegetativo negativo, consecuencia del envejecimiento de las poblaciones rurales. Más aún, se percibía, incluso, un cambio de tendencia, con resultados positivos para las migraciones, debido al fenómeno de los retornados. El interrogante al conocer los datos del Padrón de 1996, era, pues, despejar, si seguía la tendencia de recuperación demográfica, que se apuntaba en los años 80/90, o este proceso había sido un puro espejismo, provocado por la crisis económica, y por la incidencia de la reducción de los empleos urbanos. La valoración era positiva pues entre ambas fechas, Censo de 1991 y el Padrón de 1996, se había dado un incremento del 0,3% en los municipios con menos de 10.000 habitantes.

Los datos del Censo del 2001 no han hecho más que confirmar esta tendencia. Aunque la población rural en su conjunto está estancada, 9,65 frente a los 9,76 del Padrón de 1996, no se debe olvidar el peso del envejecimiento que descompensa por la vía de la mortalidad lo que el mundo rural pudiera estar ganando con la inmigración. De hecho el mundo rural a lo largo de los últimos cinco años ha perdido unas cien mil personas, cifra que es baja comparada con el crecimiento vegetativo que ha sido del orden del -3 por mil, que, si se aplica a la población rural, debería haber perdido unas ciento cincuenta mil personas.

Esto viene a confirmar la hipótesis que ya he puesto de manifiesto en otros trabajos (García Sanz, B 1994^a, 1996, 1999b y 1999c); que la población rural se recupera, y que lo hace tanto por la caída de la emigración, como por el aumento de la inmigración. Esta nueva forma de comportamiento pone en crisis el modelo tradicional que aceptaba como fenómeno irreversible el trasvase de población del mundo rural hacia el urbano. Mundo rural y mundo urbano parecen haber entrado en un nuevo marco de relaciones; el mundo rural se especializa en ciertas ofertas de ocio y en nuevas formas de residencia, y el urbano lo hace en los servicios. Obviamente los contrastes son muy importantes, tanto si se tiene en cuenta las formas de hábitat, como el territorio.

2.1.1. Evolución de la población rural por umbrales de ruralidad

Si se tienen en cuenta los diferentes estratos de población aparecen ciertos matices.

Tanto el umbral más pequeño, municipios con menos de 101 habitantes, como el más grande, municipios de 2.000 a 10.000 habitantes, han tenido un comportamiento demográfico positivo, al menos en el conjunto de la década, habiendo crecido uno y otro por encima de la media nacional. En los umbrales intermedios, municipios entre 500 y 2000 habitantes, la tendencia ha sido más bien negativa.

El incremento de la población de los municipios muy pequeños, los de menos de 101 habitantes, se ha debido en parte a la pérdida de población de los municipios del umbral superior, pero, también, al mantenimiento, o a la ligera recuperación de su población. Es verdad que en el año 1991 había en este umbral 797 municipios, 851 en año 1996, y 981 en el 2001, pero dividiendo en uno y otro momento la población por el número de municipios se observa que no ha disminuido, sino que se ha mantenido.

Algo diferente ha sucedido en los municipios incluidos en los umbrales 101/500 habitantes; 501/1.000 y 1.001/2.000. En todos ellos la población se ha reducido en porcentajes que han oscilado entre el 0,4 ó el 0,3 por ciento, como mínimo, y el 7 ú 8 por ciento como máximo. Obviamente este descenso no ha sido excesivamente negativo, si se tienen en cuenta las estructuras envejecidas que caracterizan a estos pueblos. Si se hubiese seguido la tendencia de su crecimiento vegetativo deberían haber perdido, probablemente, entre el 0,5 y el 1 por ciento, caída que no se ha dado en el conjunto de ellos. La conclusión es clara; la crisis de la ruralidad no ha tenido los efectos devastadores de las décadas pasadas y, si bien la recuperación es dudosa, porque no se llegan a alcanzar saldos positivos, al menos pierden población, tal y como sucedía en el pasado.

En el umbral superior, municipios comprendidos entre 2.001 y 5.000; y 5.001 y 10.000 habitantes, la recuperación parece algo más clara. En los primeros hay dos momentos importantes, el del quinquenio 1991 y 1996 en que estos pueblos no terminan de recuperarse; y el de 1991 a 2001 en el que han mejorado sensiblemente. En esta misma línea habría que entender el comportamiento de los pueblos rurales más grandes que arrojan saldos positivos de crecimiento. Si bien puede parecer que pierden población, lo que sucede es que alguno de ellos se ha hecho urbano. Entiendo que este crecimiento no se ha debido al crecimiento vegetativo, que en conjunto no ha sido positivo, sino a la inmigración. Hay que señalar que una parte importante de la población que reciben estos municipios procede de los pueblos rurales más pequeños situados en su entorno, o en su área de influencia. Este es un proceso que se viene dando desde los años cincuenta, en que se inicia la emigración, pero esta tendencia puede empezar a quebrar en el futuro, si se consolida la incipiente recuperación de los pueblos rurales más pequeños, y se crean atractivos para fijar las poblaciones rurales a su territorio. De hecho, en los últimos años hay una población activa creciente, que reside en los núcleos rurales pequeños, aunque no trabaja en ellos. Es una población que “conmuta” diariamente residencia y trabajo.

En síntesis; parece que ya han pasado los años malos del despoblamiento rural y hoy asistimos a un proceso nuevo marcado por el estancamiento, o por una ligera recuperación. Crecen los pueblos muy pequeños en número, aunque no disminuye la población media; otro tanto sucede con los medianos y grandes, que se mantienen o crecen ligeramente. La peor parte se la llevan los pueblos comprendidos entre 101 y 500 habitantes que empiezan a sentir de forma muy intensa las secuelas del envejecimiento.

CUADRO 2.2. Crecimiento medio anual de la población por estratos

	1991-1996	2001-1996	2001-1991
Hasta 100	1,4	2,8	2,07
De 101 a 500	-0,5	-0,69	-0,58
De 501 a 1.000	-0,8	-0,09	-0,45
De 1.001 a 2.000	-0,4	-0,24	-0,33
De 2.001 a 5.000	-0,02	0,16	0,08
De 5.001 a 10.000	0,7	-0,57	0,04
Total Rural	0,3	-0,23	-0,08

CUADRO 2.2.1. Población media por estrato

	1991-1996	2001-1996	2001-1991
Hasta 100	62	62	62
De 101 a 500	258	253	251
De 501 a 1.000	713	706	710
De 1.001 a 2.000	1.413	1.405	1.437
De 2.001 a 5.000	3.064	3.068	3.142
De 5.001 a 10.000	6.752	6.817	6.860
Total Rural	1.301	1.306	1.294

2.1.2. Contrastes por comunidades autónomas

La gran heterogeneidad del poblamiento rural, y las diferentes formas de hábitat, hacen necesaria una desagregación de la información a niveles más pequeños. Se mantiene como marco de referencia el municipio con menos de 10.000 habitantes, aunque se introducirán otras delimitaciones más pequeñas. No conviene olvidar que hay cuatro comunidades especialmente perjudicadas con este tratamiento, Asturias, Murcia, Galicia y Canarias, comunidades en las que una parte de la población rural está incluida en municipios urbanos.

Analizaremos la evolución de la población rural por comunidades autónomas según tres perspectivas diferentes; en la primera, se evalúa el peso

CUADRO 2.3. Evolución del número de habitantes por estrato

	1991	1996	2001
Hasta 100	49.195	52.709	60.396
De 101 a 500	757.377	739.409	714.260
De 501 a 1.000	833.433	800.097	796.662
De 1.001 a 2.000	1.475.002	1.444.239	1.427.257
De 2.001 a 5.000	3.131.825	3.129.220	3.154.337
De 5.001 a 10.000	3.484.076	3.599.277	3.498.499
Total Rural	9.730.908	9.764.951	9.651.411
De 10.001 a 20.000	4.158.075	4.525.296	4.673.214
De 20.001 a 50.000	5.011.617	5.195.495	5.839.977
De 50.001 a 100.000	3.601.953	3.982.633	4.231.284
De 100.001 a 500.000	9.163.242	9.230.435	9.446.485
Más de 500.000	7.206.473	6.970.634	7.005.000
Total	38.872.268	39.669.394	40.847.731

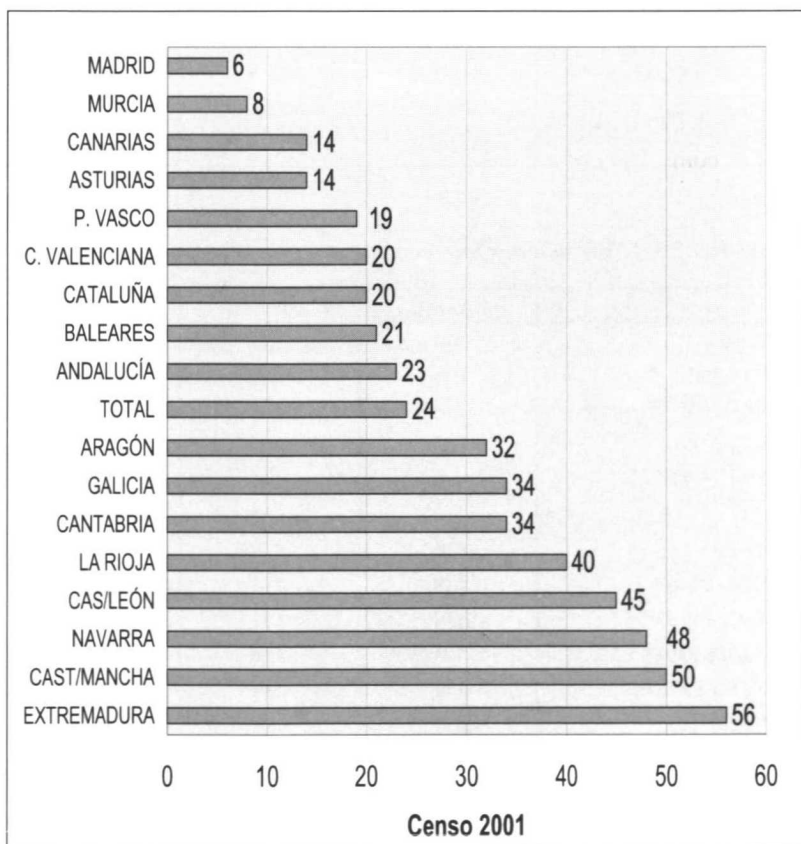
CUADRO 2.3.1. Variaciones intercensales en porcentajes

	1996-1991	2001-1996	2001-1991
Hasta 100	1,07	1,15	1,23
De 101 a 500	0,98	0,97	0,94
De 501 a 1.000	0,96	1,00	0,96
De 1.001 a 2.000	0,98	0,99	0,97
De 2.001 a 5.000	1,00	1,01	1,01
De 5.001 a 10.000	1,03	0,97	1,00
Total Rural	1,00	0,99	0,99
De 10.001 a 20.000	1,09	1,03	1,12
De 20.001 a 50.000	1,04	1,12	1,17
De 50.001 a 100.000	1,11	1,06	1,17
De 100.001 a 500.000	1,01	1,02	1,03
Más de 500.000	0,97	1,00	0,97
Total	1,02	1,03	1,05

que tiene la población rural de cada comunidad autónoma en el conjunto de la población rural del país; en la segunda, se analiza la evolución de la población, según un concepto amplio de lo rural, municipios con menos de 10.000 habitantes; y en la tercera, se considera la evolución de la población rural en sentido más estricto, municipios con menos de 2.000 habitantes.

Del gráfico 2.1 se derivan dos constataciones; la primera, la importancia que todavía tiene la población rural en muchas comunidades autó-

GRÁFICO 2.1. Porcentaje de población en municipios con menos de 10.000 habitantes



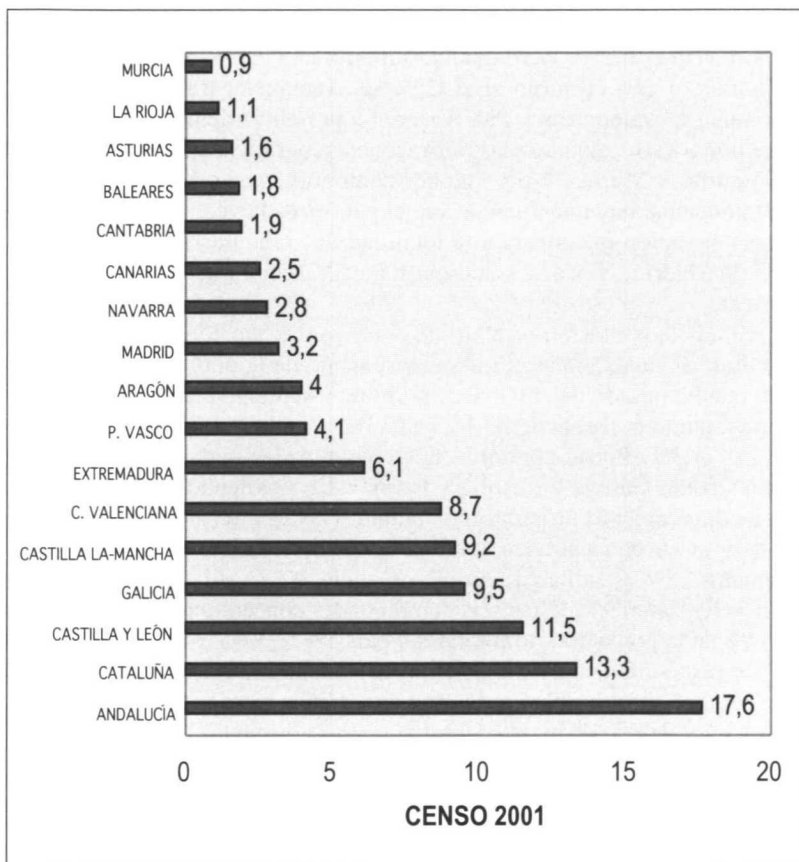
nomas, y la segunda, la tendencia. Todavía hay un 24% de gente que vive en pueblos rurales, pero en Castilla-La Mancha y Extremadura lo hacen más del 50%; y en La Rioja, Navarra y Castilla y León, más del 40%. La importancia es menor, pero todavía superior al 35%, en Aragón, Cantabria y Galicia; y gira en torno al 20/25% en Andalucía, Baleares, Canarias, Cataluña, C. Valenciana y País Vasco. La presencia de población rural es muy minoritaria, aunque más por razones geográficas que demográficas, en Asturias y Murcia, y por razones demográficas, en Madrid. Respecto a la tendencia, hay que apuntar que el país es cada vez menos rural. Esta es una situación que afecta a la totalidad de comunidades con la excepción de Madrid, Navarra, Cataluña y País Vasco, en las que mejora suavemente.

Mirada la población rural desde el peso en el territorio, apenas se dan cambios. Si cabe, anotar el ligero incremento de la población rural andaluza que ha pasado del 17% al 18%; el de Cataluña, que ha crecido también un punto porcentual, del 12% al 13%, y la de Madrid, que ha subido del 2% al 3%. Por el contrario, dos comunidades tradicionalmente muy rurales como Galicia y Castilla y León, están perdiendo peso específico, habiendo decrecido un punto porcentual. Hay que resaltar que la población rural se concentra en unas pocas comunidades: Andalucía, 18%; Cataluña, 13%, Castilla y León 11%, Galicia, 9% Castilla-La Mancha, 9% y C. Valenciana, 9%. Estas seis comunidades concentran nada menos que el 69% de la población rural total del país.

Respecto a la tendencia, los datos del Censo del 2001 vienen a confirmar la ambivalencia del mundo rural que, si bien pierde algo de población, lo hace por debajo de lo que deberían ser sus constantes demográficas. En efecto, a lo largo de los últimos cinco años, Padrón de 1996 y Censo de 2001, la población que reside en municipios con menos de 10.000 habitantes ha perdido algo de población. Los habitantes eran 9.764.901 personas, según el Padrón de 1996, y 9.651.411, según el nuevo Censo (diferencia de 113.490 personas). La diferencia es algo menor si la comparación se establece con un documento de similares características como es el Censo de 1991; la población rural según esta fuente era de 9.730.908 personas, (diferencia de 79.497 personas).

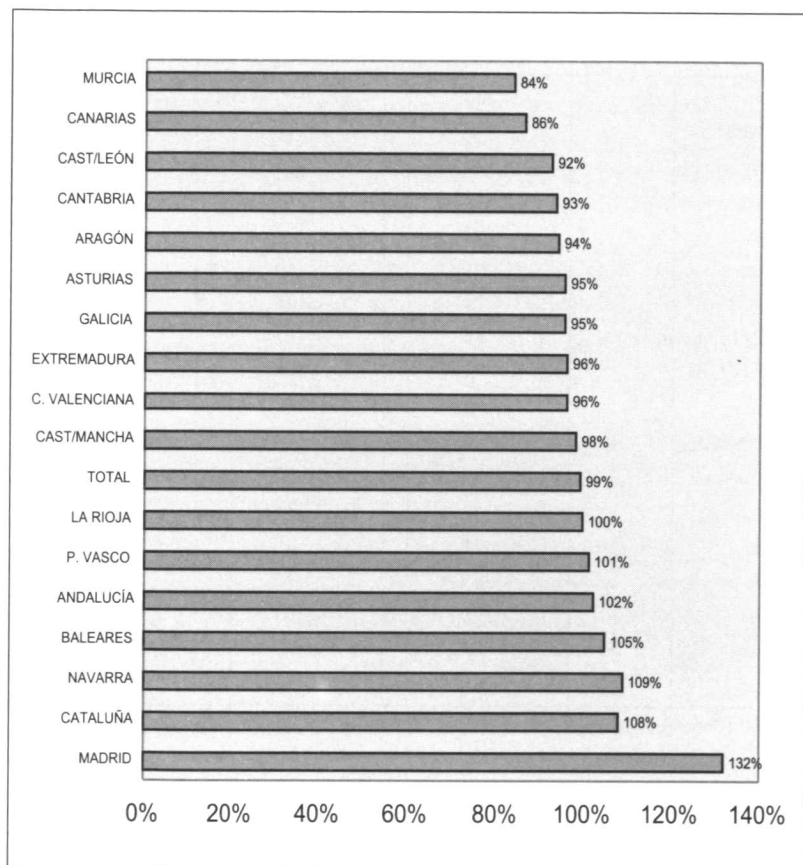
Ahora bien, estas diferencias se deben contextualizar en la estructura demográfica de los pueblos, y en el comportamiento de las variables demográficas. Como apuntábamos en el capítulo anterior, el mundo rural está ya en una situación crónica de pérdida de población por la caída continua de la natalidad y por el aumento de la mortalidad. Según datos referidos a 1999, la natalidad fue del 8,2 por mil, la mortalidad del

GRÁFICO 2.2. Distribución de la población rural por CC. AA.



11,0 por mil y el crecimiento vegetativo $-2,8$ por mil. Este es un fenómeno que poco a poco se ha ido extendiendo al mundo rural y en la actualidad tan sólo hay cuatro comunidades que todavía tienen un crecimiento vegetativo positivo: Andalucía, Canarias, Madrid y Murcia. El caso de Madrid es bastante reciente y se debe a la ubicación de parejas jóvenes en pueblos rurales de la provincia. Las otras comunidades comparten una natalidad relativamente alta para los nuevos tiempos, bien

GRÁFICO 2.3. Variaciones de la población rural: 1991-2001, 1991 = 100



porque las mujeres rurales de estas zonas tienen más hijos, o bien porque la estructura demográfica se encuentra menos envejecida⁷.

⁷ Francisco García Pascual, (2002), ha elaborado unas tablas con datos de natalidad y de mortalidad referidos al período 1991-1998 y concluye que en los municipios rurales, la natalidad habría sido del 7,76 por mil, frente al 12,84 por mil de la mortalidad; el crecimiento vegeta-

*CUADRO 2.4. Municipios con menos de 10.000 habitantes
Tasas correspondientes a 1999*

	T. Natalidad por mil	T. Mortalidad por mil	CV
Total	8,2	11,0	-2,8
Andalucía	10,3	10,0	0,3
Aragón	6,5	13,7	-7,2
Asturias	5,4	14,5	-9,1
Baleares	10,5	11,2	-0,7
Canarias	9,0	7,3	1,7
Cantabria	7,4	10,9	-3,5
Castilla-La Mancha	8,8	11,5	-2,7
Castilla y León	5,7	12,4	-6,7
Cataluña	9,1	10,0	-1,0
C. Valenciana	8,2	10,4	-2,1
Extremadura	8,4	11,7	-3,3
Galicia	5,1	13,8	-8,7
Madrid	12,8	8,0	4,8
Murcia	10,7	9,3	1,4
Navarra	7,9	10,1	-2,2
P. Vasco	8,5	9,0	-0,6
La Rioja	6,9	11,7	-4,8

Fuente: Elaboración propia

Si tenemos en cuenta estos hechos entenderemos que el comportamiento de la población rural no ha sido demasiado negativo. Ha perdido 113.490 personas, pero como debería haberse reducido en 135.635, teniendo en cuenta el crecimiento vegetativo, ha ganado 22.145 personas. Al mundo rural llega, pues, gente, pero no se nota porque la estructura por edades está ya demasiado descompensada.

tivo habría sido negativo en un -5,08 por mil (página, 11). La situación resulta algo diferente, si se revisan los datos aportados por el Anuario Social de España, 2001, de la Fundación la Caixa. En los pueblos con menos de 1.000 habitantes, lo más frecuente es una tasa de mortalidad que se acerca al 15 por mil y una tasa de natalidad que rara vez supera el 5 por mil.

Ahora bien, dentro de este panorama claro oscuro, se pueden distinguir diferentes situaciones; unas más positivas y otras más negativas.

En el lado positivo se encuentran todas aquellas comunidades que ganan población como Baleares, Cantabria, Cataluña, Madrid, País Vasco y La Rioja; y en el negativo, las comunidades que la pierden: Andalucía, Aragón, Asturias, Canarias, Castilla-La Mancha, Castilla y León, Comunidad Valenciana, Extremadura, Galicia, Murcia y Navarra.

En el grupo que gana población y, por tanto, tiene un comportamiento demográfico positivo, sólo Madrid lo hace porque el saldo demográfico ha sido positivo, pero sobre todo por la inmigración (18% por crecimiento vegetativo y 82% por inmigración).

CUADRO 2.5. Variaciones de la población rural según padrón 1996 y censo 2001

	Absolutos	T. Crecimiento 2001 a 1996	CV	Inmiga/Emigra
Total	-113.490	-1,2	-135635	22.145
Andalucía	-18.789	-1,1	2865	-21.654
Aragón	-15.269	-3,8	-14230	-1.039
Asturias	-8.861	-5,5	-7195	-1.666
Baleares	13.693	8,4	-610	14.303
Canarias	-29.621	-10,8	2215	-31.836
Cantabria	5.095	2,9	-3155	8.250
Castilla-La Mancha	-22.033	-2,4	-12350	-9.683
Castilla y León	-55.687	-4,8	-38120	-17.567
Cataluña	45.856	3,7	-6080	51.936
C. Valenciana	-2.957	-0,4	-9035	6.078
Extremadura	-27.787	-4,5	-9940	-17.847
Galicia	-32.767	-3,5	-40435	7.668
Madrid	38.281	14,2	6960	31.321
Murcia	-12.773	-12,3	660	-13.433
Navarra	-1.747	-0,6	-2970	1.223
País Vasco	10.603	2,7	-1100	11.703
La Rioja	268	0,2	-2615	2.883

Fuente: Elaboración propia

En las otras cinco comunidades la situación ha sido muy parecida; todas ellas han mejorado la población rural por el número de inmigrantes que se han dado de alta en los pueblos rurales. Este grupo no sólo ha corregido el efecto negativo del crecimiento vegetativo, sino que ha añadido población a la que existía en el Padrón de 1996. El caso más llamativo es el catalán que ha aumentado en 45.856 personas, pero el número de inmigrantes ha significado un número superior, 51.936 personas. Del mismo modo se han comportado Baleares, con un crecimiento total de 13.693 personas, pero con 14.303 debido a la inmigración. Algo similar ha sucedido en el País Vasco, cuya población rural ha aumentado en 10.603 personas, habiendo sido los efectos de la inmigración de 11.703 personas.

En Cantabria la inmigración ha tenido un efecto positivo. También han llegado 8.250 personas, aunque el efecto en el crecimiento ha sido solamente de 5.095 personas. Una situación parecida ha vivido La Rioja, con la llegada de 2.883 personas, pero con un efecto positivo sobre la población de 268 personas.

En el grupo de las comunidades que pierden población rural hay tres situaciones diferentes:

a) Comunidades que pierden población por la emigración, a pesar de que el crecimiento vegetativo ha sido positivo. Andalucía, Canarias y Murcia estarían actualmente en esta situación.

b) Comunidades que pierden población no por la emigración, puesto que han sido receptoras de gente, sino por el crecimiento vegetativo negativo. La C. Valenciana, Galicia y Murcia estarían afectadas por esta situación. En las tres es importante el contingente de población inmigrante, pero como arrastran un crecimiento vegetativo negativo, el resultado es un descenso de la población.

c) La tercera modalidad de crecimiento vegetativo negativo afecta a Aragón, Castilla-La Mancha, Castilla y León y Extremadura. Todas ellas han perdido población porque ambos parámetros, crecimiento vegetativo y migraciones han sido negativos. Las diferencias entre ellos radica en el peso o en la importancia de uno o de otro. En Aragón el 80% de las pérdidas se han debido al crecimiento vegetativo negativo y el otro 20% a la emigración; Castilla y León se ha comportado de una manera muy similar, aunque con los porcentajes algo cambiados, 68% para el crecimiento vegetativo y 44% para la emigración. En Castilla-La Mancha se ha incrementado el porcentaje de emigración, 44% y 56% para el crecimiento vegetativo, lo mismo que en

Extremadura, con un peso de pérdida de población del 36% por crecimiento vegetativo, y 64%, por emigración.

Como conclusión de este apartado, apuntar que algo está cambiando en la demografía rural. De hecho ya tenemos unas cuantas comunidades que incrementan su población, hecho que no sucedía hace unos años, a pesar de que actualmente tienen un crecimiento vegetativo negativo. Otras están poniendo las bases para crecer, porque empiezan a ser atractivas para la inmigración, pero si estas comunidades actualmente no crecen, es porque tienen estructuras demográficas muy descompensadas: excesiva mortalidad frente a una natalidad en declive. El grupo de comunidades que más oscuro tiene el futuro es el de las que pierden población; son comunidades que todavía no han desarrollado suficientes atractivos para mantener su población, ni menos para atraerla. La incógnita es si estas comunidades se incorporarán al grupo anterior o acentuarán aún más su crisis. Hay atisbos de que la mayor parte de los pueblos rurales van a ser en el futuro un atractivo para la inmigración extranjera, sobre todo aquellos que tienen una economía basada en la agricultura. Pero si esto es así, no hay motivos para vaticinar el final de muchos pueblos rurales. Si bien, muchos de ellos pierden población, están asumiendo una nueva funcionalidad como pueblos de ocio, de vacaciones o de fin de semana, situación que generalmente no recoge la demografía de los Padrones y de los Censos.

Algo diferente es el comportamiento de la población rural, si se mira desde los pueblos más pequeños, los que tienen menos de 2.000 habitantes. Se podían distinguir hasta tres modelos: uno expansivo, otro de estancamiento y, un tercero, regresivo.

a) Serían expansivas aquellas comunidades rurales que crecen, a pesar de que su crecimiento vegetativo debería haber sido negativo. Esta situación afecta a siete comunidades: Asturias, Baleares, Canarias, Cantabria, Galicia, Navarra y P. Vasco. Todas ellas se caracterizan por incrementos que oscilan entre el 25% de Galicia, y el 4% de Cantabria.

b) El modelo de estancamiento es propio de Andalucía, Extremadura, Castilla-La Mancha; Aragón, Madrid y la C. Valenciana. Los pueblos de estas comunidades han estado estancados o, apenas, han perdido en diez años el dos o el tres por ciento de su población, porcentaje que se estima bajo, teniendo en cuenta sus características demográficas.

c) El modelo regresivo afecta a algunas comunidades del interior, que han dependido fuertemente de agriculturas extensivas. Este sería el caso de La Rioja, Castilla y León y Cataluña. En todas ellas, los pueblos con

menos de 2.000 habitantes se anotan pérdidas que se acercan o superan el 10%. La Comunidad murciana ha perdido en la última década el 25% de la población de estos pueblos, pero en el último quinquenio parece haberse recuperado de las pérdidas anteriores.

*CUADRO 2.6. Variaciones porcentuales de la población
Municipios con menos de 2.000 habitantes. Base = 100*

	1996/1991	2001/1996	2001/1991
Total	0,98	0,99	0,96
Andalucía	0,98	1,01	0,99
Aragón	0,96	0,98	0,94
Asturias	1,01	1,15	1,16
Baleares	1,03	1,06	1,09
Canarias	1,03	1,25	1,29
Cantabria	1,04	1,01	1,04
Castilla-La Mancha	0,98	0,97	0,94
Castilla y León	0,94	0,95	0,89
Cataluña	1,01	0,73	0,73
C. Valenciana	0,97	0,97	0,95
Extremadura	0,98	1,02	1,00
Galicia	1,03	1,22	1,25
Madrid	0,87	0,98	0,85
Murcia	0,74	1,01	0,75
Navarra	1,06	0,98	1,05
País Vasco	1,04	1,00	1,05
La Rioja	1,01	0,91	0,92

Fuente: censos 1991 y 2001 y Padrón 1996

Como resumen de los diferentes procesos analizados, podrían trazarse los modelos siguientes:

a) Un modelo muy expansivo en el que converge un crecimiento vegetativo todavía algo positivo y un contingente importante de inmigración.

Este sería el modelo periurbano, siendo las comunidades de Madrid y de Cataluña las que mejor expresan el proceso. Este modelo podría extenderse, también, al mundo rural balear y vasco, ambos con crecimientos positivos.

b) El segundo modelo se podría encuadrar, también, dentro de la tendencia expansiva, porque apunta hacia una recuperación de la población rural, aunque no de forma tan intensa como en el caso anterior. Lo destacable sería el papel que está jugando la inmigración de retorno, en unos casos, y un crecimiento vegetativo todavía no excesivamente negativo, en otros. Las comunidades en las que este modelo está presente serían Cantabria, alguna del interior, como La Rioja, y la Comunidad Valenciana, en el Mediterráneo.

c) Un tercer modelo, que se debate entre el equilibrio o las ganancias o pérdidas moderadas, afectaría a Andalucía que, aunque no ha cortado del todo la emigración, crece porque todavía se encuentra bastante rejuvenecida, y las tasas de natalidad superan a las de mortalidad. Además, se contabilizan ciertos retornos, sobre todo femeninos, que vienen buscando una cobertura de la situación del paro. En este modelo habría que encuadrar también otras comunidades como Galicia, Asturias, Extremadura, o, incluso, Castilla-La Mancha y Aragón. Todas ellas, aunque pierden población rural, lo hacen de forma muy suave.

d) El cuarto modelo es netamente regresivo, y se caracteriza por una disminución de la población rural por encima del crecimiento vegetativo. Dentro de él, cabe distinguir, a su vez, entre aquellas zonas en las que al crecimiento vegetativo negativo se une la pervivencia de la emigración (Murcia), y aquellas otras, en las que se constatan procesos importantes de retorno, aunque no terminan de neutralizar las pérdidas de población, como sería el caso de Castilla y León. El caso canario es muy peculiar puesto que en él convergen dos procesos, uno de desruralización⁸ y otro de urbanización de las zonas rurales. De hecho, en esta comunidad el porcentaje de población rural es ya muy pequeño.

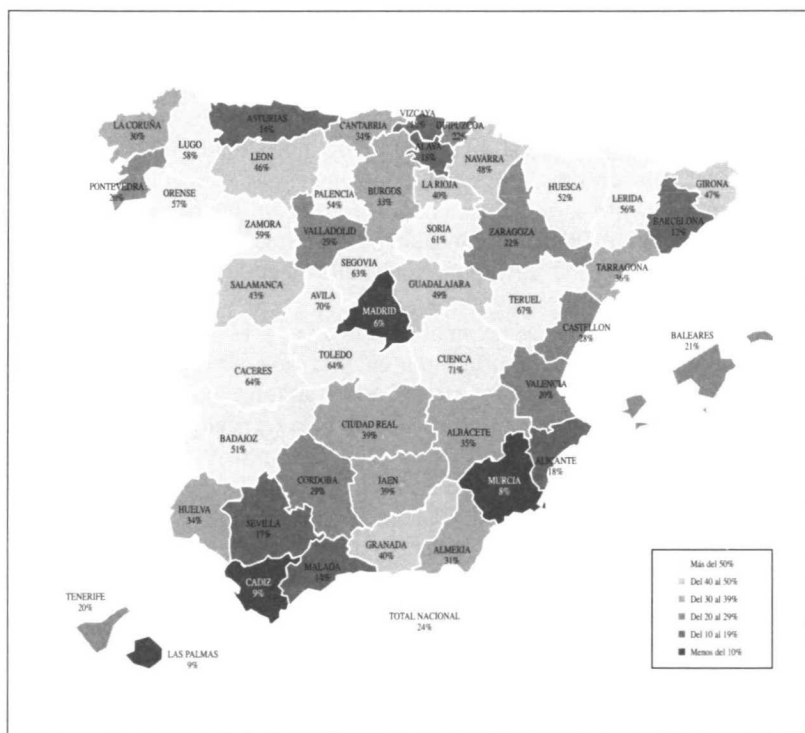
2.1.3 El detalle provincial

Tomando como base del análisis la población rural por provincias se distinguen hasta cuatro situaciones: provincias cuyo porcentaje de pobla-

⁸ Se entiende por tal, a la pérdida ininterrumpida de población rural. Por el contrario, el proceso de urbanización rural es la transformación de pueblos rurales en urbanos como consecuencia del aumento de su población.

ción rural supera el 50%; provincias, cuya población rural oscila entre la media nacional, 25%, y el 50%; provincias que están por debajo de la media nacional, pero superan el 15% y, finalmente, provincias que tienen porcentajes más bajos.

MAPA 2.1. Porcentajes de población rural sobre el total de la población de la provincia



Entre las provincias con más población rural se encuentra un bloque de 14 siendo Cuenca la que ocupa el primer puesto en el ranking, con el 71% de población rural sobre la población provincial; y cierra el grupo Badajoz, con 51%; las restantes son, según un orden de ruralidad descendente, Teruel (67%), Toledo (64%), Cáceres (64%), Segovia (63%), Soria

(61%), Zamora (59%), Lugo (58%), Orense (57%), Lérida (56%), Palencia (54%) y Huesca (52%).

En el segundo nivel de ruralidad se contabilizan otras 18, con porcentajes de población rural que oscilan entre el 30% y el 50%. Tienen representación en este grupo; en Castilla y León, Burgos (33%), León (46%) y Salamanca (43%); en Castilla-La Mancha, Albacete (35%), Ciudad Real (39%), Guadalajara (49%); en Andalucía, Córdoba (29%), Almería (31%), Granada (40%), Huelva (34%) y Jaén (39%); en Galicia, la Coruña (30%); en Cataluña, Girona (47%) y Tarragona (36%); y las uniprovinciales, la Rioja (40%), Navarra (48%) y Cantabria (34%).

En un tercer escalón, ya con porcentajes de población rural que oscila entre el 15% y el 30%, se encuentran Córdoba (29%), Valladolid (29%), Zaragoza (22%), Guipúzcoa (22%), Baleares (21%), Pontevedra (20%), Valencia (20%) Tenerife (20%), Sevilla (17%), Álava (19%), Vizcaya (18%), Alicante (18%), Asturias (14%); y cierran el cuadro de la ruralidad, con porcentajes muy bajos, menos del 15%, Málaga (14%), Barcelona (12%), Las Palmas (9%), Murcia (8%), Cádiz (9%) y Madrid (6%).

En cuanto a la evolución de la población rural hay provincias con un comportamiento claramente expansivo, otras que crecen también, pero lo hacen de forma moderada; otras que, aunque no crecen, presentan algunos signos de recuperación, y otras, que son netamente regresivas.

a) Las provincias que han aumentado su población rural de forma notable han sido (17): Madrid, Guadalajara, Gerona, Cádiz, Barcelona, Álava, Almería, Valladolid, Navarra, Málaga, Baleares, Granada, Sevilla, Tarragona, Alicante, Pontevedra y Segovia. Se trata, en conjunto, de zonas rurales próximas a una gran población, o a una zona en expansión.

b) Otras provincias han mantenido su población rural, o la han reducido ligeramente. Son éstas: (11): Guipúzcoa, La Rioja, Vizcaya, Lérida, Toledo, Badajoz, Castellón, Jaén, Lugo, Albacete y Córdoba. Las causas del crecimiento no son tan homogéneas como en las zonas anteriores. En los procesos han incidido diferentes motivos, unos de carácter exógeno, como en Toledo, y otros endógenos, como en la Rioja.

MAPA 2.2. Variaciones de la población rural entre 1991 y 2001



c) Las provincias que han reducido su población rural, pero sus pérdidas no superan el crecimiento vegetativo negativo, el 7% en el decenio, han sido (10): Huesca, Zaragoza, la Coruña, Oviedo, Cáceres, Huelva, Cuenca, Burgos, Tenerife y Cantabria. Se trata de zonas con una tendencia similar al grupo anterior, aunque con pérdidas más abultadas, bien porque los procesos de retorno son menos intensos, o bien porque el crecimiento vegetativo es más negativo. Ahora bien, la presencia de una población de retorno podría estar ayudando a cambiar la tendencia.

d) Finalmente, han tenido un comportamiento regresivo porque los retornos no han contrarrestado los efectos de la emigración: (13): Ciudad Real, Valencia, Salamanca, Ávila, León, Soria, Teruel, Orense, Palencia,

Zamora, Murcia y Las Palmas. Se trataría de zonas en las que la emigración está presente y los retornados, o los incipientes procesos de desarrollo rural, no han terminado de cambiar la tendencia.

Así pues, teniendo en cuenta estos criterios, las pérdidas de población se centrarían en la mayor parte de las provincias de Castilla y León, a excepción de Valladolid y Segovia, y en otras de las Islas o de la periferia. Las pérdidas que se contabilizan en el interior están, probablemente, relacionadas con las zonas de montaña, y con pueblos mal equipados y de difícil acceso, siendo, por lo tanto, la causa de expulsión de la población rural, no el carácter estrictamente rural de los pueblos, sino un determinado tipo de ruralidad, la vinculada a atraso y carencia de medios.

Se podría profundizar un poco más en las tendencias demográficas rurales, si se cruzan, por un lado, los umbrales de la población rural y, por otro, las provincias.

La nota de los municipios de menos de 500 habitantes ha sido bastante desigual. En más de la mitad de provincias esta población ha crecido (13) o ha disminuido ligeramente, (16), y en otras (21) ha disminuido.

MAPA 2.3. Variaciones de la población entre 1991 y 2001 en municipios con menos de 500 habitantes



La población de los municipios comprendidos entre los 500 y los 5000 habitantes ha tenido también un comportamiento bastante desigual. Se contabilizan aumentos en 24 provincias; en 9 se ha mantenido la población, o ha descendido ligeramente, y en otras 17 se han dado pérdidas importantes.

MAPA 2.4. Variaciones de la población entre 1991 y 2001 en municipios de 500 a 5000 habitantes



Finalmente, en los municipios de 5.000 a 10.000 habitantes ha habido 16 provincias que han aumentado la población, 9 que se han estancado o disminuido ligeramente, y 24 que han disminuido.

MAPA 2.5. Variaciones de la población entre 1991 y 2001 en municipios de 5000 a 10000 habitantes



Resumen de las tendencias de la población rural por provincias y por umbrales entre los censos de 1991 y de 2001

a) Provincias que crecen			
Menos de 500 hab.	De 500 a 5.000 hab.	De 5.000 a 10.000 hab.	Menos de 10.000 hab.
Almería	Burgos	Almería	Almería
Badajoz	Badajoz	Baleares	Baleares
	Valladolid	Valladolid	Valladolid
C. Real	C. Real	Barcelona	Barcelona
Córdoba	Córdoba	Cádiz	Cádiz
	Girona	Girona	Girona
Vizcaya	Vizcaya	Vizcaya	

a) Provincias que crecen			
Guipúzcoa	Granada	Guipúzcoa	Granada
Huelva	Huelva	Málaga	Málaga
	Guadalajara		Guadalajara
	Madrid	Madrid	Madrid
Oviedo	Oviedo	Alicante	Alicante
	Navarra	Navarra	Navarra
		Sevilla	Sevilla
	Pontevedra		Pontevedra
	Tenerife	Segovia	Segovia
	Tarragona		Tarragona
Zamora	Álava		Álava
Cáceres	Toledo	Cuenca	
Albacete	Lleida	La Rioja	
Cantabria	Jaén	Orense	
León	Lugo		
	Soria		
	A Coruña		
	Castellón		

Resumen de las tendencias de la población rural por provincias y por umbrales entre los censos de 1991 y de 2001

b) Provincias que se estancan			
Menos de 500 hab.	De 500 a 5.000 hab.	De 5.000 a 10.000 hab.	Menos de 10.000 hab.
Tarragona	Albacete	Tarragona	Albacete
Huesca	Guipúzcoa	Huesca	Guipúzcoa
La Rioja	La Rioja		La Rioja
Lérida			Lérida
Granada	Cantabria	Granada	Cantabria
Zaragoza	Zaragoza		Zaragoza
Valencia	Valencia	Vizcaya	Vizcaya
	Huesca		Huesca
		Badajoz	Badajoz

b) Provincias que se estancan

		Cáceres	Cáceres
Toledo			Toledo
Cuenca			Cuenca
Salamanca	Alicante		A Coruña
Ávila	Cádiz	Pontevedra	Castellón
Valladolid	Málaga	Zamora	Córdoba
Navarra	León	Álava	Tenerife
Segovia			Oviedo
Barcelona			Jaén
			Lugo
			Huelva
			Burgos

*Resumen de las tendencias de la población rural por provincias
y por umbrales entre los censos de 1991 y de 2001*

c) Provincias que pierden población

Menos de 500 hab.	De 500 a 5.000 hab.	De 5.000 a 10.000 hab.	Menos de 10.000 hab.
Palencia	Palencia	Palencia	Palencia
Teruel	Teruel	Teruel	Teruel
	Ávila	Ávila	Ávila
Burgos	Orense	Burgos	Orense
Soria		Soria	Soria
	Murcia	Murcia	Murcia
Baleares	Baleares	C. Real	C. Real
	Las Palmas	Las Palmas	Las Palmas
	Salamanca	Salamanca	Salamanca
Sevilla	Sevilla	Valencia	Valencia
	Zamora	Albacete	Zamora
Castellón		Castellón	
Alicante	Alicante	León	León
Lugo		Lugo	
		Córdoba	
Madrid	Cáceres	Jaén	
	Barcelona	A Coruña	
Málaga		Oviedo	
Álava	Almería	Tenerife	
	Segovia	Lérida	
Girona	Cuenca	Huelva	
Guadalajara		Toledo	
		Zaragoza	

La recuperación de la ruralidad sería un hecho en las provincias costeras, con algunas excepciones; en las zonas rurales que rodean a los grandes centros urbanos y, también, en las que se encuentran bien comunicadas y con una dotación mínima de equipamientos. El problema de alguno de estos pueblos es que pueden perder su carácter rural, para convertirse en pequeños centros urbanos.

2.2. Los retornados

En el punto anterior se ha hablado de retorno y de retornados; de gente que, por un motivo o por otro, vuelve de nuevo al mundo rural que dejaron hace unos años. Este es un hecho nuevo que cada vez se generaliza más. Si bien no todas las zonas presentan los mismos atractivos, ni tampoco todas las edades se enfrentan del mismo modo a este evento, es un fenómeno que se va generalizando. Si se analizan las entradas y las salidas rurales en perspectiva histórica se observa una tendencia muy consolidada; incremento ya desde los años ochenta de las entradas, y disminución de las salidas, con un resultado, ya en los años ochenta, positivo, de las entradas respecto a las salidas. Baste recordar que en los años sesenta salía del mundo rural una media de unas 150.000 personas por año, y entraban unas 20.000; con un saldo negativo cercano a las 130.000 personas. En los años noventa se ha dado un cambio radical, y ya sólo salen unas 50.000 personas frente a las entradas que han crecido hasta una media de 60.000 personas por año, y un saldo positivo de algo más de 10.000.

Los últimos datos elaborados, a partir de las estadísticas de migraciones⁹, confirman y consolidan el cambio de tendencia, con un incremento de los saldos positivos. Todo parece indicar que se ha incrementado la movilidad territorial y la que ha salido ganando en el intercambio ha sido la población rural. Durante los catorce últimos años, 1988-2001, han salido del mundo rural nada menos que 2,9 millones de personas, pero como las entradas se han elevado hasta los 3,4 millones, se ha dado un saldo positivo de medio millón de personas. Parece que estamos entrando en una nueva etapa de intercambio de población, en la que los procesos de con-

⁹ Estos documentos titulados Estadísticas de Variaciones Residenciales, contiene la información más significativa sobre migración interior e inmigración exterior, obtenida de los ficheros de intercambio que los ayuntamientos facilitan mensualmente al INE con los movimientos producidos en el Padrón.

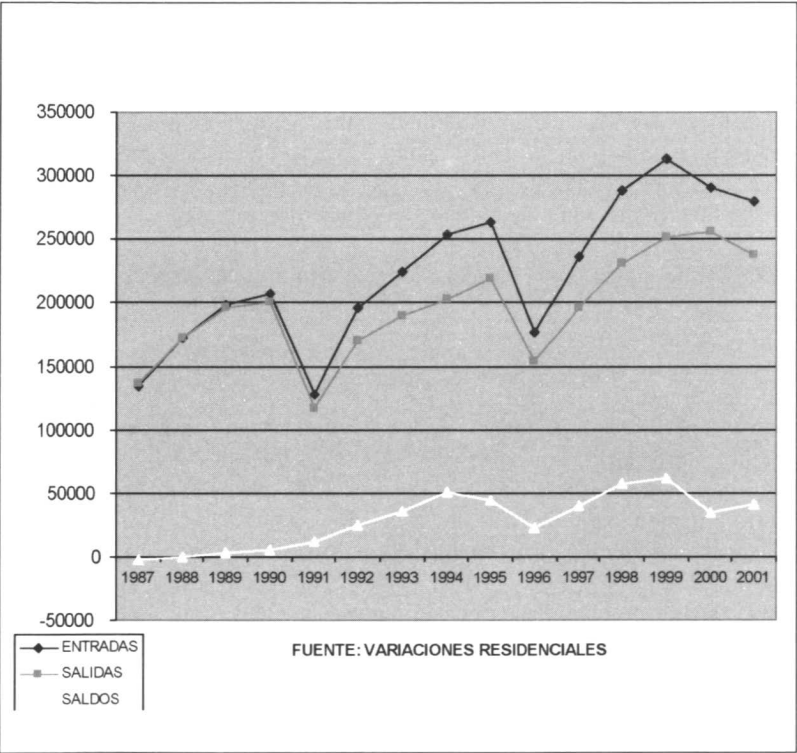
centración de la población en las ciudades está dando paso a una distribución más equilibrada de la población por el territorio.

Lo más importante a resaltar es la consolidación de los saldos positivos de las entradas. Si bien en los años noventa ya se notaba de forma clara el cambio de tendencia, pues las entradas llegaban a equilibrar a las salidas, una vez que se ha remontado la década de los noventa la gente que llega al mundo rural supera con creces a la que sale. Una nota importante a destacar en este proceso es la disminución de los inmigrantes que proceden del propio mundo rural, y el aumento de los que vienen del medio urbano. Hubo un momento en que la crisis de los pueblos rurales afectaba no sólo a los que se querían marchar, sino, también a los que seguían trabajando en pueblos rurales. Trabajaban en el medio rural pero, si era posible, se iban a vivir a un pueblo grande, o a la ciudad. En la actualidad el fenómeno se ha invertido, y hay gente que prefiere vivir en un pueblo, y trasladarse todos los días a trabajar a la ciudad, antes que hacer lo contrario.

La variable territorial tiene una importancia capital en este proceso. La inflexión de la tendencia empieza a darse en las zonas más desarrolladas, iniciando el proceso el País Vasco, Cataluña y Madrid, pero pronto se han unido otros como Navarra, Canarias, Cantabria y la Comunidad Valenciana. En el primer sexenio, 1988-1993, tan sólo eran las seis comunidades anteriores las que tenían saldos positivos de inmigración rural. Destaca por encima de todas Cataluña, con un saldo positivo de 78.000, seguida de Madrid, con cerca de 32.000. Entre estas dos comunidades absorben la mayor parte de los saldos positivos que en estos momentos se dan en el mundo rural. Es decir, estas dos comunidades neutralizan con mucho la emigración rural, que afecta a otras zonas, sobre todo a las del interior. En el sexenio siguiente, 1994-1999, todas estas comunidades siguen siendo receptoras de población en sus núcleos rurales, pero el hecho positivo se ha extendido ya a otras comunidades que tradicionalmente se habían caracterizado por expulsar población. Es notoria la inflexión de tendencia en Andalucía que, de expulsar 2.529 personas en el sexenio 1988-1993, es receptora de 26.186, en el sexenio siguiente; o Castilla y León, que expulsó 5.967 personas de sus pueblos rurales, a lo largo de 1988-1993, y recibió 10.705 en el período siguiente; o Aragón, que ha tenido un saldo positivo de 4.209 personas, o La Rioja o Asturias, que han cambiado también la tendencia. Las únicas comunidades que siguen teniendo saldos negativos son Baleares, Castilla-La Mancha y Extremadura. En Castilla-La Mancha y Extremadura parece que han disminuido los saldos negativos, pero no en Baleares, aunque las cifras ya son muy bajas. El proceso parece ya bastante consolidado, y todo da a entender que la tendencia se acentua-

rá aún más en los próximos años; a ello contribuirá la mejora de la red de carreteras, así como la dotación de servicios de los pueblos rurales.

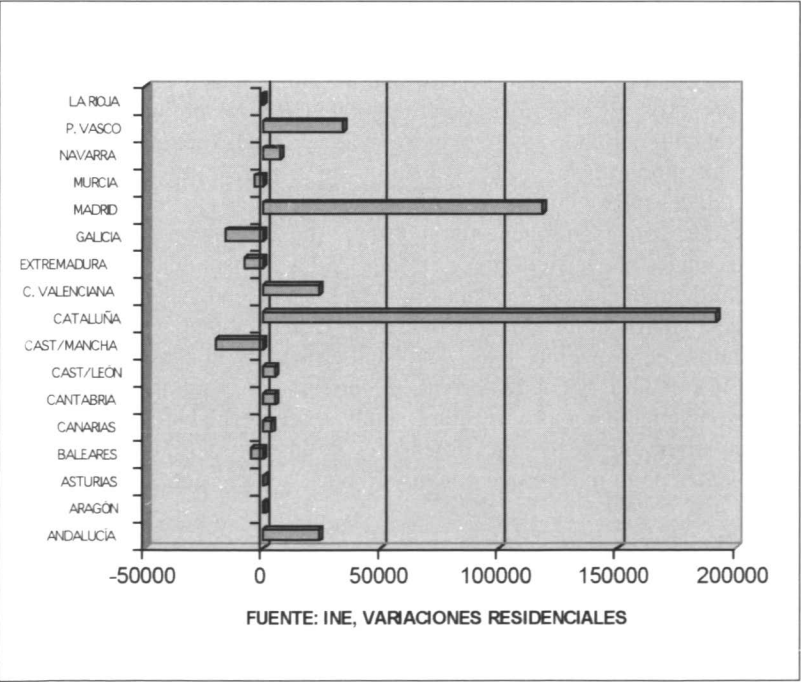
GRÁFICO 2.4. Entradas, salidas y saldos de población en municipios rurales



El detalle provincial delimita un poco más las zonas rurales actualmente expansivas, frente a las depresivas. En Andalucía todas las provincias de su hábitat rural se han convertido en receptoras, con la excepción de Huelva, que no termina de tener saldos positivos. En Aragón, la nota negativa la pone Teruel, que sigue expulsando más población rural que la que recibe.

Las dos provincias Canarias son receptoras, como lo son también las cuatro provincias catalanas y las tres vascas. En Castilla y León se ha dado un giro radical, y solamente expulsa más población rural que la que recibe Soria y Zamora. Por el contrario, Ávila, Palencia o León, tradicionalmente expulsoras de población, se han unido a Valladolid y Burgos, que son las primeras que habían cambiado la tendencia. Algo similar ha sucedido en Galicia, en la que todas las provincias, menos Lugo, han cambiado de tendencia. Todo lo contrario que en las provincias de Castilla-La Mancha, afectadas todas ellas, menos Ciudad Real, por pérdidas. En la Comunidad Valenciana es únicamente el rural valenciano el receptor de población; en cambio, continúan con tendencia negativa tanto Alicante, como Castellón. Finalmente, Extremadura no termina de consolidar una tendencia, y unos años ha sido Badajoz, la que ha tenido saldos positivos, y otros, Cáceres.

GRÁFICO 2.5. *Saldos migratorios: 1988-1999*



Obviamente, el grupo de los RETORNADOS es un grupo muy heterogéneo, que puede incluir figuras tan dispares como antiguos emigrantes, hijos del pueblos, que vuelven a su tierra, una vez que han completado el ciclo migratorio, como nuevos residentes, que buscan en los pueblos rurales la paz y la tranquilidad que no han encontrado en las ciudades; a ellos se unen los llamados emigrantes de retiro, que eligen un lugar rural para pasar su vejez¹⁰. Parece que en la actualidad el grupo más importante, cuantitativamente hablando, es el de los prejubilados, o el de los recientemente jubilados, en su mayoría hijos del pueblo, que emigraron en los años 50/60, y el de los nuevos residentes de la costa. Estos dos colectivos capitalizan, aunque no exclusivamente, la inmigración rural de retorno.

Si descendemos a un análisis más detallado por sexo, edad y territorio se pueden apuntar las notas siguientes:

1. Por sexo, hay un saldo algo más positivo de entradas para los hombres, que para las mujeres. La lógica de las salidas sigue teniendo su impronta en las entradas. Las mujeres siguen viendo en los pueblos más dificultades que los hombres para organizar una nueva vida. Pesa la tradición, y los muchos años de emigración no parecen ser razón suficiente para cambiar los modos de vida tradicionales.

2. La edad es, si cabe, el factor que introduce más discriminación en estos procesos. El saldo más positivo se da entre los prejubilados, o los recientemente jubilados y, en menor medida, entre los jóvenes y los jubilados. Los prejubilados, muchos de ellos condenados a no poder trabajar desde edades relativamente jóvenes, ven en la vida de los pueblos un oasis para su retiro. Tienen mucho tiempo libre, que fácilmente pueden ocupar en actividades que les reportan cierta utilidad, y les dan una nueva dimensión del tiempo. Entre los jóvenes se mezclan dos tendencias, los retornados que no han encontrado una salida laboral en la ciudad, y terminan acomodándose en el pueblo, y los que están esperando la ocasión para emigrar a la ciudad. Los que tuvieron la experiencia de emigrar, pero no consiguieron acoplarse a esta aventura, vuelven algo cabizbajos, y a la larga se convierten en los mejores defensores de la vida de los pueblos. Son conscientes de lo mucho que ganan y lo poco que pierden, cuando llegan

¹⁰ En un reciente trabajo, Monografías 24 del Consejo Superior de Investigaciones científicas, se distinguen hasta cuatro categorías de retornados: los jubilados de retorno; los nuevos pobladores, sin relación anterior con el municipio; los hijos del pueblo y los grupos de cultura radical ecologista (Madrid, 2002, 20).

al pueblo, y ven despejado su futuro laboral. Esto no terminan de creérselo los jóvenes que no han tenido esta experiencia. Conservan una visión idílica de la ciudad, de la que no se desprenden hasta que no lleguen a tener una experiencia de cómo se vive en ella. Para los mayores, sobre todo los que empiezan a notar las limitaciones y a sentirse dependientes, piensan en la ciudad, no porque esta forma de vida les atraiga especialmente, sino porque es el cobijo para reunirse con los hijos. Apostarían por quedarse en el pueblo y seguir rodeados de sus vecinos (García Sanz B. 1997), pero hoy por hoy hay una gran carencia de servicios que hace difícil el envejecimiento para las personas mayores que no cuentan con el apoyo familiar. Las demandas de los mayores rurales en este terreno son claras y contundentes. Si emigran es porque no les queda más remedio, pero su deseo sería envejecer y morir en el mismo entorno en el que siempre vivieron.

3. El territorio, como hemos comentado, es también una variable discriminante. Aunque la tendencia apuntada es general, cabe matizar una mayor aceleración de las entradas sobre las salidas en la zona mediterránea y en el norte, con una tasa, también mayor, de rejuvenecimiento. Al retorno de antiguos emigrantes se unen también los que buscan las condiciones benignas del clima mediterráneo y la proximidad al mar. Estos procesos son algo más lentos en el interior y en el sur, zonas en las que el fenómeno de los retornados se centra algo más en personas más mayores, es decir, en antiguos emigrantes.

2.3. La población flotante

Un tercer hecho importante para la demografía rural es la presencia cada vez más numerosa de lo que he venido en llamar en otros trabajos “POBLACIÓN FLOTANTE” (García Sanz, B, 1994b y 1999), y que se corresponde con la población que llega a los pueblos los fines de semana, los puentes, las vacaciones, o ciertos días señalados del año. Este grupo está compuesto por ese conjunto de personas que han acentuado durante los últimos años sus contactos con el mundo rural y al final han llegado a normalizar esta relación. Son gentes que pasan los fines de semana y/o sus vacaciones en los pueblos rurales y, lo más importante, es que ya no pueden prescindir de la relación con este medio. Creo que hay que empezar a prestar mucha atención a este colectivo, no sólo por su importancia cuantitativa, que la tiene; sino también, por las repercusiones en las diferentes facetas de la vida rural: la económica, la política y la social. Obviamente,

no se trata de una población estrictamente rural, aunque muchos de ellos así se consideren; ni tampoco, de una población que hay que dejar de reflejar en las estadísticas de la población rural. Es un grupo que, independientemente del tiempo que pase en los pueblos, tiene unos lazos fuertes con esta sociedad, es protagonista de unas relaciones muy cualificadas con este medio y, además, es un consumidor habitual de bienes, productos y servicios rurales. Conocen perfectamente la gastronomía rural y hacen todo lo posible porque no se pierdan las tradiciones.

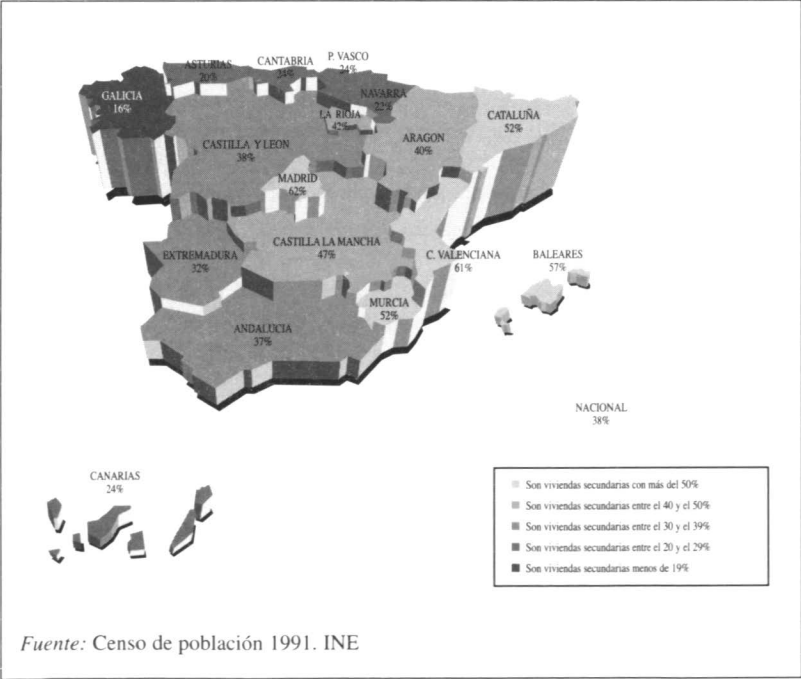
Es difícil cuantificar esta población y, menos aún, delimitar de forma precisa sus relaciones e intercambios con la población residente. En cuanto al número, cabría hacer una aproximación a través de la segunda residencia. De un total de 3,4 millones de viviendas, que había en los años noventa en las entidades singulares de 2.000 habitantes, un 62 por ciento eran principales y, el otro 38 por ciento, secundarias. Esto da a entender que entonces existía una población numerosa, de varios millones de personas, al menos tres o cuatro, que aunque no residían habitualmente en este medio, mantenían con él relaciones habituales durante dos o tres días a la semana, o durante las vacaciones. Todo parece indicar que este fenómeno, lejos de haberse estancado o empezar a retroceder, ha adquirido un nuevo impulso. El incremento de la segunda vivienda rural es un hecho contrastado, y la recepción de estos nuevos inquilinos no ha dejado de aumentar. Si cabe, hacer una matización. En los años noventa, la llegada de esta gente estaba muy circunscrita a períodos o fechas determinadas, mes de agosto, Semana Santa, algún puente; pero en la actualidad las llegadas se han ido acortando, y es cada vez más frecuente que se haga un uso habitual de estas viviendas durante todo el año.

El fenómeno de la segunda residencia empezó siendo importante en las provincias que limitaban con las grandes ciudades, sobre todo en las provincias limítrofes a Madrid y Barcelona, o en la zona mediterránea, pero en la actualidad el fenómeno se ha generalizado, y se ha extendido tanto a los pueblos rurales de la costa, como a los del interior. Si los primeros constituyen una demanda para gentes que viven en la ciudad, con edad avanzada, y con recursos económicos limitados que buscan en esta zona las bondades del clima mediterráneo; los segundos, los pueblos del interior, responden a la demanda de un colectivo muy específico, antiguos emigrantes, que buscan en los pueblos rurales, generalmente sus pueblos, mantener y acentuar los contactos con las que fueron sus raíces. Es importante resaltar que estos contactos tienen un carácter familiar, y que la relación que se establece se está extendiendo tanto a los antiguos emigrantes, que viven en la ciudad o retornaron al pueblo, como a sus descendientes, hijos y nietos.

De forma imperceptible se está creando un nuevo concepto de cultura rural, que está calando en las generaciones más jóvenes, y está poniendo las bases para dar una nueva funcionalidad al hábitat rural. De hecho, los que se plantean hacerse una casa, no son ya solamente los que emigraron, sino los hijos o, incluso, los nietos, de los que salieron del pueblo.

Cuando se publiquen los datos del Censo del 2001 tendremos nueva información sobre la segunda residencia rural; pero podemos avanzar que los datos que se den a conocer no harán más que confirmar este proceso. Veremos que la tendencia se ha ido generalizando. No hay que ser adivino para apuntar una consolidación de esta tendencia, que afectará, sobre todo, a muchos pueblos del interior, que hasta hace poco habían estado al margen de este proceso.

MAPA 2.6. Porcentajes de segunda residencia en entidades con menos de 2.000 ha bitantes



2.4. El turismo rural

Otro fenómeno demográfico de interés es el turismo rural, oferta atractiva para la gente que no tiene pueblo, y que quiere mantener un cierto contacto con este medio. El mundo rural en sí, y ciertos paisajes de extraordinario valor ecológico están siendo un atractivo importante para una masa de población urbana, que cada día siente más deseos de entrar en contacto con la naturaleza, y disfrutar de lo que se ha venido en llamar un ambiente natural. A diferencia de la población flotante, que vive en contacto con la población rural y, de alguna manera forma parte de ella, participa de sus fiestas y de su cultura, se adhiere a sus celebraciones y festejos, incentiva y legitima sus ritos, este grupo pretende acercarse al paisaje rural y, sólo secundariamente, y de forma excepcional, entrar en contacto con la vida de los pueblos. Son rurales por un día, que previamente han asumido el papel de observadores. Suelen ser urbanícolas, totalmente desconectados de la vida rural, que por razones diferentes se han empezado a interesar por este medio. Unos van buscando ciertas formas exóticas de la vida rural, y otros, enclaves naturales que les permitan aislarse y disfrutar de la naturaleza. Unos van impregnados de cierta vocación antropológica, y otros están sensibilizados para impresionarse con una reserva natural, interesarse por una especie, animal o vegetal, que está en peligro de extinción.

Según la Encuesta elaborada por el Instituto Nacional de Estadística, con datos referidos al mes de noviembre del 2001, último mes analizado, hay en España 5.836 alojamientos de turismo rural, con una oferta de 45.857 plazas. Obviamente, en esta cifra se incluyen desde los alojamientos en casas rurales, las plazas hoteleras, u otro tipo de alojamientos. También se encuentran incluidas las casas que, con buena lógica, se empiezan a llamar de agroturismo, idea original con la que fueron concebidos. Como su nombre indica, se trata de ofertas de turismo, pero con el fin de proporcionar, además de unas vacaciones, un contacto con la explotación rural, con la casa rural, y dar la posibilidad a los turistas de participar en los trabajos de la agricultura y en la vida de la familia agraria rural.

Las cifras empiezan ya a ser considerables, y movilizan una mano de obra de 8.356 personas, una media de 1,4 personas por alojamiento. Se trata en definitiva de negocios de carácter familiar, en los que las mujeres tienen un protagonismo importante. Aunque esta actividad no suele incrementar las rentas de los agricultores, tal como inicialmente se pensó, crea puestos de trabajo, y contribuye de forma importante al mantenimiento del mundo rural. Es una acción más a tener en cuenta, que está ayudando al sostenimiento de un número cada vez mayor de familias rurales.

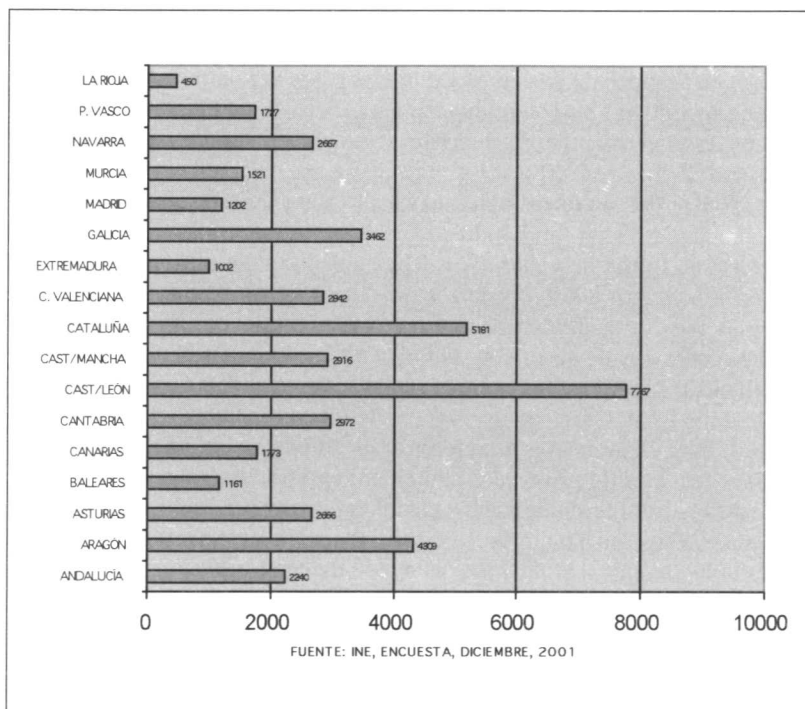
Los datos que aporta la Encuesta son muy significativos. Se calcula que a lo largo de los once meses del año 2001, han utilizado estos alojamiento cerca de un millón de personas, que han pernoctado una media de 3,2 días. El grado de ocupación es todavía muy bajo, en torno al 22%. Las oscilaciones a lo largo del año son muy importantes, variando el aprovechamiento desde, poco más del 10%, en el mes de enero, hasta el 58%, en el de agosto. Son meses con una alta demanda el de abril, la Semana Santa, y los meses de verano; pero aún así, apenas se cubre una tercera parte de la oferta, y la mitad en el mes de agosto.

La mayor parte de la gente que utiliza estos servicios son españoles, con un porcentaje bajo, entre el 10% y el 15%, de extranjeros. El mayor número de viajeros procede de Madrid y de Cataluña, comunidades que absorben en torno al 40%. Los madrileños se caracterizan por utilizar estos servicio de una forma homogénea a lo largo de todo el año, mientras los catalanes lo hacen sobre todo en verano. Hacen también un uso importante de esta forma de viajar los valencianos, los vascos y los de Castilla y León. En cuanto a la procedencia, se nota una cierta endogamia, y son los residentes de cada comunidad los que más uso hacen de los alojamientos turísticos de su región. No obstante, si se repasan los lugares de procedencia hay observaciones curiosas. Por ejemplo, los madrileños, valencianos y catalanes son los más endogámicos en sus desplazamientos, es decir, los que en una proporción mayor utilizan los alojamientos de su región. En el mes de agosto, los alojamientos de turismo rural de la comunidad de Madrid fueron utilizados en una proporción del 83%, por los propios madrileños; otro tanto sucedió con los catalanes, que hicieron uso de sus establecimientos en un 75%, y de los valencianos que pernoctaron en los suyos en una proporción del 73%. No tuvieron este trato de favor, los cántabros que sólo usaron sus alojamientos rurales en un 2%; ni los riojanos, un 4%; ni los asturianos, un 4%; ni los navarros, un 5%; ni los residentes en Baleares, un 10%; ni los castellanos leoneses que subieron la cuota hasta el 12%. En niveles, también muy bajos de endogamia, se mantuvieron los gallegos, 13%; castellano-manchegos, 14%; vascos, 18%; aragoneses, 20%, o extremeños, 20%.

Los catalanes suelen ser los más universales, y se mueven por todo el territorio, como los madrileños y los valencianos. Ahora bien, los lugares preferidos por los catalanes son las casas de turismo rural del País Vasco, las de Baleares y las de Cantabria; las preferencias de los madrileños se dirigen hacia las casas de turismo rural de Castilla y León, Extremadura, Cantabria y Asturias. Los valencianos prefieren Castilla-La Mancha, Aragón y Murcia. Los castellano leoneses eligen sus lugares en Galicia y

Asturias, y los gallegos buscan las planicies castellanas. Como se ve, de gustos no hay nada escrito, y en los desplazamientos prima la distancia y las carencias que se dan en las zonas de origen. El que vive en el llano busca la montaña, y el de zonas áridas el verdor.

GRÁFICO 2.6. Plazas de turismo rural



Aunque en los últimos años se ha avanzado mucho en esta forma de viajar, parece que todavía son palpables los desajustes entre la oferta y la demanda. Con la actual oferta se podrían movilizar hasta un máximo de casi 18 millones de pernотaciones, frente a 3,18 millones actuales. Aunque hay una clase social que conoce y utiliza con frecuencia esta forma de turismo, todavía no se ha generalizado a toda la población que la podría demandar. El IMSERSO está creando un programa con personas mayores para invitarles a conocer el mundo rural; se trata de una idea importante, que puede ayudar al mantenimiento de la infraestructura de

estos centros, sobre todo en los períodos de menos afluencia; algo así, como los programas que esta institución viene realizando, con un éxito contrastado, desde hace varios años, en las zonas costeras.

El fenómeno se ha ido poco a poco extendiendo por todo el territorio, aunque algunas comunidades como Castilla y León, Cataluña, Aragón y Galicia constituyen la avanzadilla tanto en lo que respecta a establecimientos, como a porcentaje de plazas hoteleras. Otras comunidades, que están mejorando también sensiblemente su oferta, son la Comunidad Valenciana, Cantabria, Asturias y Navarra. Se trata, en definitiva, de otra forma de viajar, que va a ir en aumento en los próximos años, si por fin nuestro país se decide a explotar toda la riqueza artística, artesanal y culinaria que posee. Hay condiciones objetivas, y sólo se trata de ajustar todo este potencial turístico a las demandas de un colectivo que pretende compaginar descanso y tranquilidad, con la vivencia de nuevas experiencias.

Mirado el turismo rural desde la perspectiva económica supone una buena inyección de ingresos. Si se calculan unos gastos medios por persona y día de unos 30 euros, estaríamos ante unos ingresos de poco más de 100 millones de euros, cifra que todavía resulta baja para la inversión que se ha realizado. Si al menos se alcanzase una cobertura del 40 o del 50% estaríamos hablando de cifras que triplicarían las actuales.

El negocio del turismo rural es un campo de trabajo muy abierto, en el que están participando, tanto personas que tradicionalmente habían estado vinculadas a la agricultura, como familias de otra procedencia, incluso familias asentadas en el medio urbano. Las nuevas experiencias plantean una relación del turismo rural con aspectos generales de la vida de los pueblos, desde la contemplación del paisaje hasta el disfrute de la cocina rural tradicional, pasando por otras acciones que se podrían plantear. Sería una pena que no se desarrollase aún más esta relación, y no se diese el salto hacia una acción mucho más integrada con el medio. Hay experiencias muy interesantes que se podrían copiar; por ejemplo, transformar algún producto alimenticio, utilizando métodos tradicionales que se pudiese comercializar en todos estos centros. Algo así, como han hecho los paradores.

2.5. Los neorrurales

Finalmente, está el grupo de los llamados neorrurales, fenómeno protagonizado por gentes no arraigadas en el mundo rural y que eligen los pueblos rurales para el desarrollo de sus actividades profesionales, o de sus negocios. En este campo coinciden dos colectivos diametralmente

opuestos; los neorrurales, que ofrecen una mano de obra barata, necesaria por otro lado para las tareas de la recolección, y que se circunscribe a zonas agrícolas muy determinadas (mediterráneo, agriculturas intensivas vinculadas a las hortifruticultura, viticultura, zonas de regadío, etc), y los nuevos profesionales y ejecutivos que buscan en los pueblos, bien los lugares en los que montar sus negocios, o bien en los que ejercer su profesión, amparados, muchas veces, en las nuevas tecnologías, que permiten separar el lugar en el que se vive y el lugar en el que se trabaja.

En España ambos fenómenos empiezan a tener una cierta importancia, aunque en términos cuantitativos, el primero, el de los trabajadores extranjeros rurales, es superior al segundo en número y en importancia.

La encuesta de variaciones residenciales nos da una pequeña pista para hacer un acercamiento al problema. La base de la información son los inmigrantes que se han dado de alta en los municipios rurales, pero sabemos que la mayoría de los ilegales no suelen cumplir con este trámite. Un hecho, que hemos podido constatar repasando los datos de esta encuesta, es que en torno a una cuarta parte de los que han llegado en los últimos nueve o diez años a nuestro país, se han ubicado en el mundo rural. Si el número actual de inmigrantes extranjeros contabilizados, según datos del INE, asciende a unas ochocientas mil personas, y los que han fijado su residencia en el mundo rural son la cuarta parte, estaríamos hablando de un número aproximado de unos doscientos mil. Esta cifra puede resultar plausible, teniendo en cuenta que a ella habría que añadir los ilegales, grupo que está aumentando de forma muy rápida. Otros hechos a tener en cuenta serían los siguientes.

a) El grupo mayoritario parece ser el europeo, con un predominio claro de los comunitarios (en torno al 40%). Siguen en importancia los africanos, que son una tercera parte, pero sobre todo los marroquíes, con cerca del 90% del total de los africanos. Los terceros en importancia suelen ser los latinoamericanos, con un 20%, con un reparto bastante similar entre ecuatorianos y colombianos y, algo menor, de los cubanos. Cierran el grupo los europeos extracomunitarios, entre los que predominan los que proceden de la antigua URSS, los suizos y los rumanos. En alguna cala que he realizado en algún pueblo rural del interior, que demanda mano de obra temporera para la recolección del ajo y la vendimia, he podido constatar la presencia de un mayor número de africanos y latinoamericanos y, menor, de inmigrantes comunitarios.

b) La estadística general se reparte en un 51% de hombres y el 49% de mujeres, predominando los que aún no han cumplido los 30 años que

suman más o menos la mitad. En el mundo rural, y especialmente en los trabajos temporeros de la agricultura, hay dos diferencias importantes; un mayor número de varones que de mujeres, y un cierto rejuvenecimiento de la población inmigrante.

c) Se ha resaltado en muchos trabajos (Izquierdo, A. y Díez Nicolás, J.), que no se trata de un grupo de desarraigados, sino de personas con una buena o excelente formación. Las estadísticas oficiales no llegan a distinguir la formación de los que se dirigen al mundo rural, y la de los que se quedan en la ciudad. Los contabilizados en el año 1999, que suman la cifra de 99.122, se dividían en los niveles educativos siguientes:

No saben leer ni escribir	12%
Título inferior a graduado escolar	37%
Graduado escolar o equivalente	25%
Bachiller y superior	26%

También en este punto hay una cierta divergencia entre los inmigrantes rurales y urbanos, marcada por la presencia de un menor número de universitarios. Pero la determinación del nivel cultural es difícil de comprobar, puesto que la toma de estos datos en los ayuntamientos en los que se hace la inscripción no suele estar avalada por un documento.

La presencia de inmigrantes para la realización de ciertos trabajos agrarios es ya un hecho generalizado en el mundo rural. Un número muy importante lo hacen en trabajos temporeros, pero otro grupo, bastante menor, se ha ido asentando en los pueblos rurales, y tiene el trabajo asegurado para todo el año, bien en las diferentes tareas que genera el monocultivo, bien en otras que tienen un carácter rotatorio, pero permanente: recolección del ajo, la cebolla, el pimiento, la vendimia, etc.

Hay que saludar como positivo este hecho, pues de otro modo se notaría un déficit muy importante de mano de obra para ciertos trabajos de la agricultura; pero es obligado advertir que se pueden crear muchos problemas. Algunos asalariados agrarios empiezan a plantear que el trabajo de la agricultura está cotizando a la baja por la llegada de estos trabajadores, y que su presencia puede constituir el incremento del paro de los asalariados agrarios españoles. Hay paro agrario, pero también se necesitan trabajadores para la agricultura; la coexistencia de estos dos problemas es difícil de explicar, pero lo que es innegable es que los inmigrantes extranjeros, que se ubican en el mundo rural, están cubriendo un déficit muy importante de mano de obra.

Pero la llegada de estos trabajadores no tiene solamente una connotación económica, sino también cultural y social. Aún están cerca los graves

incidentes del Egido, o los problemas surgidos en las Pedroñeras, pueblo de la provincia de Cuenca especializado en la producción de ajos. Saltó a la prensa que había unos 2.200 inmigrantes en una población de 6.000. Lo más llamativo del caso es que la oferta de trabajo estaba por debajo de la demanda, por lo que se había creado un grave problema de difícil solución. Hubo reacciones de la población, de los políticos, de los grupos antirracistas y de los propios inmigrantes, que pedían protección y ciertas garantías laborales. Este es un hecho que se está repitiendo en muchos pueblos rurales en los que se están creando guettos con estos trabajadores; está aumentando la desconfianza de la población, y se está creando la imagen del emigrante como un chivo expiatorio sobre el que descargar cierta inseguridad que se empieza ya a notar en el mundo rural. Por otro lado, dado el gran descontrol que actualmente existe con la llegada de esta población, es probable que se produzca un excedente de mano de obra, con los consiguientes problemas de marginación, pobreza y delincuencia.

Pero el fenómeno de los inmigrantes rurales ya no se circunscribe a los trabajos agrarios, como hace unos pocos años, sino que están ocupando otras profesiones. Crece el número de personas, sobre todo de hispanoamericanos, que se ubican en los pueblos para realizar trabajos, no necesariamente agrarios. La atención de bares y pubs, el servicio doméstico de atención a personas mayores, el ejercicio de ciertas profesiones liberales, como dentistas, etc, son alguno de los campos alternativos que este grupo trata de ocupar. Desde luego la atención al mayor rural es un problema que está sin solucionar, y cada vez es menos probable que la respuesta se dé fuera de este medio. La falta de gente joven, que quiera asumir esta tarea, y la demanda creciente de este tipo de servicios, puede ser una buena salida para inmigrantes mujeres que están dispuestas a trabajar y que no tienen problemas con el idioma.

III. CONCLUSIONES

Como resumen de la demografía actual rural se puede concluir que se ha dado una inflexión, y que el comportamiento demográfico de los pueblos rurales es hoy muy diferente. No es que estemos ante una recuperación abierta y sostenida de la población rural, pero al menos no se pierde población con la intensidad de hace unos años. Los signos son muy positivos, aunque el estrangulamiento de la pirámide de edades ha sido tal, que hace difícil que se note la llegada de gente.

A pesar del contexto negativo que envuelve a la población rural, hay zonas que se caracterizan por un tono demográfico muy positivo, como

son los casos madrileño, catalán y navarro. En otras, la situación es también expansiva, como se aprecia en las comunidades del norte (Asturias, Galicia y País Vasco); algunas del interior (Rioja, Extremadura y Andalucía). Finalmente, el modelo demográfico es todavía regresivo en Cantabria, Murcia, Castilla y León, Castilla-La Mancha, Comunidad Valenciana y Aragón.

Que la población rural ha entrado en otra dinámica demográfica, queda demostrado al analizar las últimas tendencias de la población rural por provincias. Ya no es sólo el rural periurbano el que se resiste a perder población, sino también, otras provincias que están protagonizando un desarrollo endógeno; son provincias que no sólo empiezan a tener capacidad para fijar la población rural a su territorio, sino que también tienen capacidad para atraer a nuevos pobladores.

Pero el presente y el futuro demográfico de los pueblos rurales no hay que entenderlo sólo en términos de crecimiento o de disminución de la población, sino a partir de la nueva funcionalidad que tiene la sociedad rural actual para la sociedad urbana. El aumento creciente de la población flotante, que se ve avalado por la expansión de la segunda residencia; el interés por el turismo rural; la valoración de albergarse en casas de pueblo; y la llegada de nueva gente, bien para realizar trabajos de temporada, bien para quedarse residiendo, o bien para pasar largas temporadas, son signos que hablan por sí solos de un cambio radical en los parámetros de la demografía rural.

